
Sra. Cristina Fernández de Kirchner (Presidenta, República Argentina)

Me gustaría contarles que estuve en este mismo lugar hace exactamente dos años y una semana. Por entonces, el mundo era diferente. El Sr. Director General de la OIT me comentaba, y les comentaba también a ustedes, que aquel discurso había tenido visos premonitorios acerca de lo que significaría esta crisis económica global que hoy estamos viviendo.

Yo quiero reflejarla en una anécdota que, en mi calidad de Presidenta de los argentinos, me ocurrió hace pocos días en mi país, más concretamente, en Rosario, Provincia de Santa Fe. Allí, mi Gobierno concedió un préstamo a la empresa multinacional norteamericana General Motors para que no cerrara sus puertas y se mantuvieran las fuentes de trabajo. Si alguien me hubiera dicho a mí hace unos años que, como Presidenta de los argentinos, yo iba a dar un préstamo a una empresa multinacional norteamericana, que prácticamente esa misma semana era nacionalizada por el Primer Presidente afroamericano de los Estados Unidos, realmente se hubiera podido pensar que se trataba de un delirio. Esta anécdota refleja en su exacta dimensión el cambio que ha experimentado el mundo en los tiempos que corren. ¿Y cómo ha encontrado este cambio a mi país, la República Argentina? El año pasado, en 2008, mi país completó el ciclo de crecimiento económico más importante de sus 200 años de historia.

Sin embargo, no ha sido un crecimiento como el registrado en otras oportunidades, como ocurrió por ejemplo en los años noventa, cuando hubo un crecimiento de la economía, pero con una destrucción masiva del empleo. Tampoco ha sido un crecimiento como el de principios del siglo XX, donde el país solamente exportaba materia prima sin ningún tipo de valor agregado, y sólo un pequeño círculo de su población gozaba de la riqueza mientras había pobreza, dolor y desocupación por doquier.

El crecimiento actual, que es además el más importante, inclusive comparado con los otros ciclos, tiene lugar en un contexto totalmente diferente, porque el patrón de crecimiento económico que se instaló a partir del 25 de mayo del año 2003, fue un patrón de crecimiento basado en el trabajo y en la producción. Ello se debe a que entendemos que el dinero sólo se reproduce en la medida en que pasa por la producción de bienes o servicios, un objetivo que ciertamente se perdió durante la globalización financiera y con lo que yo denomino la «aparición del dinero electrónico».

Al comenzar estos últimos seis años, en mayo de 2003, en la Argentina había casi un 25 por ciento de desocupación, o sea, un cuarto de su población económicamente activa carecía de trabajo; los trabajadores participaban apenas en el 34 por ciento del PIB; las reservas del Banco Central ascendían apenas a 9.000 millones; y durante los años noventa el sistema previsional se había privatizado, es decir, se había terminado el sistema de reparto solidario y se había adoptado un sistema de capitalización, administrado por el sector privado.

Al cabo de estos seis años, terminamos el año 2008 con un porcentaje del 7,3 por ciento de desocupación; los trabajadores participan en el PIB en un 43,6 por ciento, ya mucho más cerca del fifty-fifty de nuestro producto interno bruto. El Banco Central cuenta con unas reservas que ascienden a más de 46.000 millones de dólares. Se han negociado más de 1.500 convenios colectivos de trabajo; por primera vez después de mucho tiempo, reapareció la negociación colectiva entre trabajadores y empleadores, lo que permitió mejorar el poder adquisitivo de los trabajadores y, al mismo tiempo, conformar un importante, importantísimo, mercado interno, y lograr una formalización del trabajo. En el año 2003, aproximadamente el 50 por ciento de los trabajadores trabajaban en negro en la

República Argentina. Según la última medición, hemos logrado reducir esa cifra a un 36 por ciento. Todavía falta, pero vamos por el buen camino.

Hemos incorporado a dos millones de personas a los beneficios previsionales, personas que estaban desprotegidas a causa de las privatizaciones, o de patrones inescrupulosos, o de no haber hecho sus aportes, o tal vez de haber quedado sin trabajo durante largo tiempo y carecer de la posibilidad de acogerse a un beneficio de carácter previsional, habida cuenta de los altísimos índices de desocupación que había. Gracias a una amplia moratoria, incorporamos a dos millones más de argentinos, que hoy integran la red de protección de seguridad social, tal vez una de las más importantes, si no la más importante, de todo el continente.

Al mismo tiempo, se inició una política de desendeudamiento sumamente importante. Cuando en el año 2003 el Gobierno asumió, el índice de deuda externa equivalía aproximadamente al 156 por ciento del PIB. Hoy ronda el 49 por ciento de un PIB que asciende a casi 300.000 millones de dólares. Así pues, el resultado ha sido un sólido mercado interno, que además ha tenido también su faceta de exportación y de incorporación a la globalización de la mejor manera que se puede incorporar un país a la globalización: exportando sus productos con valor agregado, lo cual equivale a generar trabajo para los compatriotas en el propio país. Este elemento es otra de las claves del modelo que hemos desarrollado desde el año 2003.

El año pasado, en 2008, batimos el récord de exportaciones — más de 71.000 millones de dólares — generando, además, el superávit comercial más importante de toda nuestra historia.

Este es el país que en septiembre, con la caída de Lehman Brothers, encontramos en el mundo. La situación es similar a la que podríamos encontrar en otras economías emergentes. Cabe decir que durante estos seis años también se desarrolló un plan de infraestructura — económica y social, en materia energética, de viviendas, caminos, escuelas, hospitales y obra pública — que también fue un importante dinamizador de la economía y que además permitió que, por ejemplo, el Sindicato de la Construcción, que en el año 2003 tenía apenas 60.000 cotizantes, hoy cuente con casi medio millón de cotizantes gracias al efecto, precisamente, de la obra pública.

¿Cuál fue entonces la primera reacción ante esta crisis que nos venía desde afuera y que, curiosamente, fue provocada por quienes durante seis años consecutivos habían objetado y criticado este modelo? Valga una anécdota. Una semana antes de que cayera el banco de inversiones Lehman Brothers, sus principales consultores auguraban que la Argentina no iba a poder hacer frente a sus compromisos y que, finalmente, el modelo iba a fracasar. Lo mismo vaticinaban algunas calificadoras de riesgo y otros analistas, que no anunciaron a ningún dirigente sindical, a ningún empresario ni a ningún periodista la crisis que se avecinaba, y que precisamente eran ellos los que tendrían que haber cuidado de que no ocurriera o, al menos, alertar al mundo de que esto podía pasar.

Sin embargo, en este mismo lugar, exactamente hace dos años y una semana, como bien recordaba Juan Somavia, decíamos que era imposible seguir construyendo una economía basada en la financiación del capital, y que el capital debía estar inexorablemente vinculado al trabajo y a la producción.

¿Cuáles fueron, pues, las medidas o los objetivos que nos planteamos inmediatamente para hacer frente a esta crisis que venía de afuera?

En primer lugar, el sostenimiento del vínculo laboral. Para todo gobierno es imprescindible que todas sus políticas y todas sus acciones estén orientadas a sostener la permanencia de los trabajadores en sus empresas. El vínculo laboral, como algo

característico del modelo, pero fundamentalmente también porque hemos aprendido que cada trabajador es, además, un consumidor y que, precisamente, ante una crisis en el sector externo, todo país debe sostener su mercado interno con sus propios trabajadores.

En segundo lugar, la supervivencia de las empresas: el hábitat natural de todos los trabajadores. En este sentido, planteamos que no hay una fórmula mágica ni una fórmula algebraica para defender estas políticas. Al contrario, hemos creado un comité compuesto por el Ministro de Trabajo, la Ministra de la Producción, el titular de la Agencia Federal de Impuestos y el titular de la ANSES. Una de las medidas más importantes, tal vez la más importante en los seis años, por su carácter estructural al modelo, fue que el Estado retomara la administración de los recursos de los trabajadores, que estaban en manos del sector privado.

Esto también ha sido clave, pues aunque no se crea, el Estado debió asumir el pago de la pensión mínima de un 60 por ciento de los cotizantes al sistema de capitalización privado al momento de su jubilación. El Estado tuvo que hacerse cargo de lo que el sector privado no asumía. Pero además, en lugar de desarrollarse un frondoso mercado de capitales a los cuales pudieran acceder las PYME, distintas empresas, se había conformado un selecto club o grupo de empresas que eran las únicas que accedían a ese mercado de capitales.

Así pues, los recursos de los trabajadores hoy constituyen uno de los instrumentos tendientes a sostener el nivel de actividad y el nivel de empleo, clave para tener la capitalización que estos sistemas exigen.

Voy a pasar por alto los miles de millones de dólares que se perdieron en activos tóxicos, que estas administradoras tenían y que es algo similar a lo que ha sucedido en otros países. Para que ustedes tengan una idea, la ley que había habilitado el sistema de capitalización privada exigía que un 0,5 por ciento del capital se destinara a viviendas. Ello significaba la posibilidad de construir aproximadamente medio millón de viviendas en la República Argentina. Sólo se hicieron 750. Con este instrumento en la mano estamos poniendo en marcha una línea de créditos para la construcción, ampliación y adquisición de viviendas destinados a reactivar la economía, concedidos por intermedio del Banco Hipotecario, un banco tradicional en el país como proveedor de créditos blandos para los sectores medios argentinos.

Junto con estas medidas, hemos adoptado otras importantísimas medidas, a saber, ir en auxilio de cada empresa con el comité antes mencionado para ver en cada lugar, en cada actividad, cuál es el problema, y asistir allí, o con programas del propio Ministerio de Trabajo que ayudan al sostenimiento salarial de los trabajadores en un determinado momento, y durante un determinado lapso, o bien asistir con créditos suficientemente garantizados, como en el caso de General Motors, para sostener la actividad de esa empresa y seguir produciendo para exportar. O, como por ejemplo, en el caso de una empresa en concurso, en quiebra, conformando un fideicomiso que, alquilando la empresa, permite que sus trabajadores sigan produciendo, sigan trabajando y aportar a la continuidad de la empresa.

También se ha generado un importante movimiento de fábricas recuperadas, otra solución novedosa que vamos a impulsar, inclusive, a través de una modificación de la ley de quiebras, y que ya ha permitido recuperar 10.000 puestos de trabajo con más de 100 fábricas recuperadas por cooperativas de sus propios trabajadores. Éste es otro de los instrumentos que hemos adoptado frente a la crisis, organizando desde el Estado, de forma absolutamente heterodoxa y creativa, el cuidado de la actividad económica, la preservación del vínculo laboral y la permanencia de las empresas.

Al hablar de preservación, de mantenimiento del vínculo laboral, lo estamos haciendo conscientes de que lo más importante y valioso que nosotros tenemos que lograr es que a ese trabajador no le llegue el telegrama de despido. ¿Por qué lo decimos? Hay empresas que con el acuerdo de los propios sindicatos, con el acuerdo de los propios trabajadores, atendiendo a las modalidades de la actividad, han pactado, por ejemplo, reducir la jornada o trabajar tres o cuatro días a la semana, pero manteniendo el vínculo laboral. Y no digo esto como Presidenta ni como abogada, sino como una mujer que ha visto cómo se destroza un país y una sociedad cuando se pierde el trabajo y cuando la persona queda desocupada. Esto es lo que todo sindicato, lo que todo empresario, lo que todo dirigente político debe impedir, la ruptura del vínculo laboral, porque luego cuesta mucho reconstruir eso que se pierde y porque es un elemento clave. Al escuchar que este año se han destruido 50 millones de puestos de trabajo, es preciso no pensar en ello en términos numéricos solamente, sino en términos de organización familiar, de vida personal. Son 50 millones de personas cuya suerte queda en manos de Dios únicamente. Con frecuencia, es algo que no se tiene en cuenta cuando se citan frases o estadísticas de forma monocorde.

¿Y cómo nos ha ido a nosotros en este primer trimestre, mediante la aplicación de todas estas políticas; entre otras cosas, mediante los préstamos que incentivan el consumo para mantener la demanda, algo clave para el sostenimiento de la actividad económica? Nos contamos entre los 11 de los 44 países evaluados por la Organización Internacional del Trabajo, donde en el primer trimestre del año no ha crecido la desocupación gracias al robusto mercado interno. Mediante la aplicación de una inteligente política, también hemos logrado utilizar instrumentos permitidos por la OMC y por el propio MERCOSUR en defensa del trabajo nacional, lo cual nos ha permitido no sólo mantener el superávit comercial, clave para el funcionamiento del país y de cualquier país, sino también aumentar el superávit comercial de los primeros cinco meses un 120 por ciento más que el superávit comercial del año pasado, pese a que las exportaciones cayeron un 20 por ciento, como ha sucedido en casi todos los países del mundo.

¿Cuál ha sido entonces la clave que nos ha permitido abordar a los argentinos esta crisis global en mejores condiciones? Baste recordar que cuando en el año 1994 se produjo el «efecto tequila», una crisis de carácter estrictamente regional como fue la mexicana, en Argentina provocó un aumento del desempleo del 7,7 por ciento. Mientras duró el efecto de la crisis rusa, dicho porcentaje era ya muy elevado, pero volvió a crecer casi 2 puntos; lo mismo ocurrió en 1999 durante el «efecto caipiriña», durante la crisis de Brasil. Así pues, las crisis regionales hicieron aumentar en 10 u 11 puntos el desempleo, pero en una crisis global hemos logrado sostener el mismo nivel de desempleo que en el primer trimestre del año 2008, que, reitero, fue el mejor año del ciclo en términos económicos.

¿Cuáles han sido entonces las claves? Precisamente, las mismas que mencioné aquí hace dos años y una semana, esto es, la necesidad de concebir el modelo económico de acumulación que, más que económico es un modelo político, que sitúa al hombre como centro de la sociedad, de la economía y de la política; si el hombre es el centro de la economía, la sociedad y la política, sólo el trabajo es el gran generador de la riqueza y, por lo tanto, concebir un futuro en el cual solamente se tenga en cuenta lo financiero, lo estrictamente vinculado al capital, sin pasar por el mundo del trabajo, no tiene sentido. Esta crisis global que hoy atravesamos y que esperamos poder superar exige un aprendizaje muy fuerte por parte de todos, y permítanme recalcar la palabra «todos». Esta es una estrategia, la que yo acabo de relatar, una estrategia nacional, pero está claro que una estrategia nacional requiere también de una estrategia global frente a la crisis. Por eso, hace unos meses, en un encuentro celebrado en Buenos Aires para conmemorar los 90 años de la OIT, planteé que este organismo tiene que participar de las reuniones del G-20, pues aquí están los trabajadores y los empresarios, aquí está el capital y el trabajo, que son precisamente los que nos van a ayudar a salir de la crisis. Yo he participado ya en dos reuniones del G-20, donde hemos escuchado al Fondo Monetario Internacional, donde hemos escuchado al Banco Mundial, pero siempre se está abordando el tema desde la

perspectiva de las finanzas. Debemos abordarlo desde la perspectiva de la economía real, que es la gran ausente en estas décadas del Consenso de Washington.

Una estrategia global que exige, entonces, la presencia de este organismo en las reuniones, no sólo para que se le escuche sino también para que proponga soluciones y salidas alternativas, como la necesidad de volver a utilizar el crédito internacional en planes muy fuertes y agresivos en materia de infraestructura, porque esos son los grandes generadores de trabajo y de reequilibrio de las economías; la necesidad, además, de que el Estado tenga un papel mucho más activo en materia de regulación y control, pues esta gran crisis se produjo por un Estado ausente, que no controló ni a las calificadoras, ni a los bancos de inversión, ni al capital financiero, que finalmente terminó no solamente autodestruyéndose sino también afectando el funcionamiento de la economía real. Que exprese la necesidad de una estrategia global en la que el capital y el trabajo vuelvan a ser los ejes centrales, en la que el financiamiento esté orientado precisamente a obras de infraestructura, a investigación, a innovación tecnológica; la necesidad de saber que no es a través de la flexibilización laboral que se obtiene rentabilidad, sino cuando se tienen trabajadores bien remunerados y bien calificados es otra de las claves. Al igual que el Presidente Lula, en la última reunión del G-20 en Londres libramos una dura batalla cuando se quiso introducir el término «flexibilización laboral» en el documento final del G-20.

Sostuvimos que no firmaríamos el documento si figuraba en el texto. Y no lo íbamos a firmar porque en la Argentina ya tenemos la experiencia de los que nos quisieron convencer de que con la flexibilización laboral se conseguía más y mejor trabajo. Tuvimos la experiencia de ver largas colas de desocupados. Todos sabemos que cuando la desocupación tiene más de un dígito, no hay posibilidades de buen trabajo, ni hay posibilidades de buena remuneración.

Con la experiencia de 2001, en la República Argentina aprendimos que el capital financiero, así como llega se va. Lo que nosotros necesitamos es inversión en producción para generar trabajo y economía real. Por eso creemos imprescindible la presencia de esta Organización en el G-20.

Al salir de aquí me reuniré con la Secretaria de Trabajo de los Estados Unidos de América, Sra. Hilda Solís, y le propondré que, como anfitrión de la próxima reunión del G-20, el nuevo Presidente de los Estados Unidos, quien afortunadamente está apostando por nuevos paradigmas en el mundo, invite a esta Organización a participar en esa reunión. Creo que es lo más importante que podemos hacer para que se escuche la voz de quienes no son el problema, sino, por el contrario, la solución de los problemas que hoy tiene la economía: los trabajadores y los empresarios.